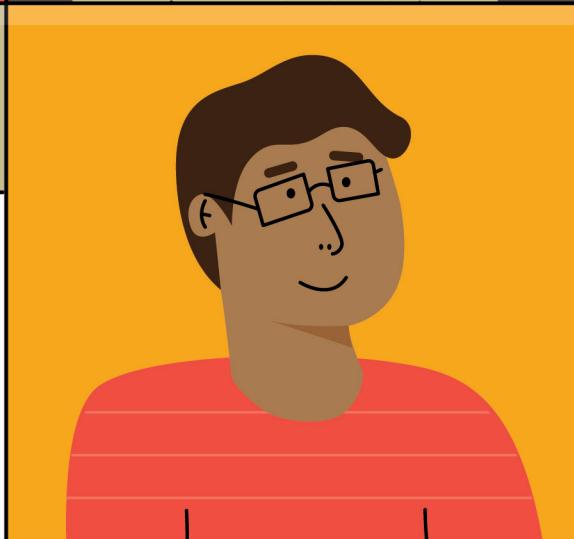
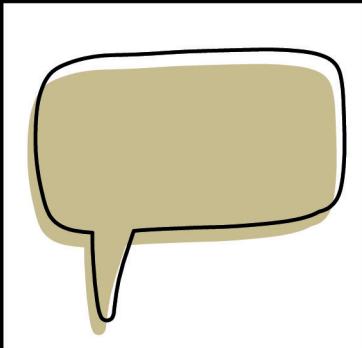
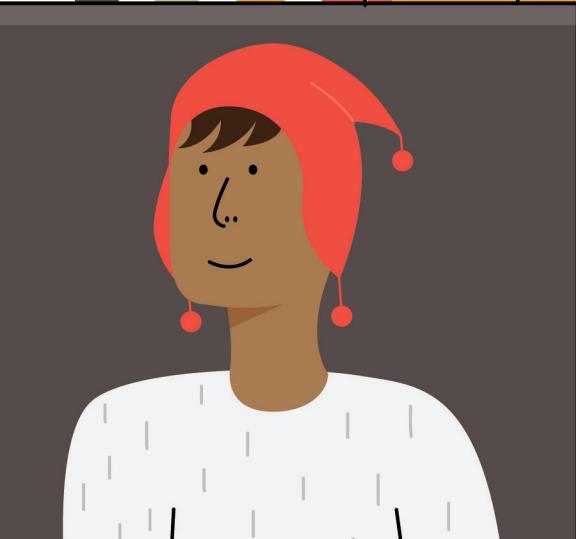
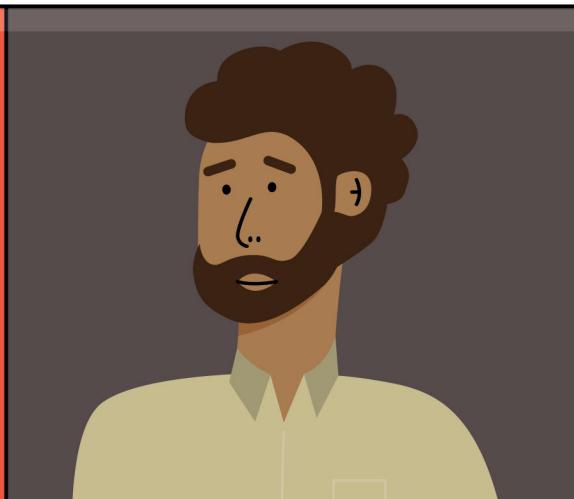
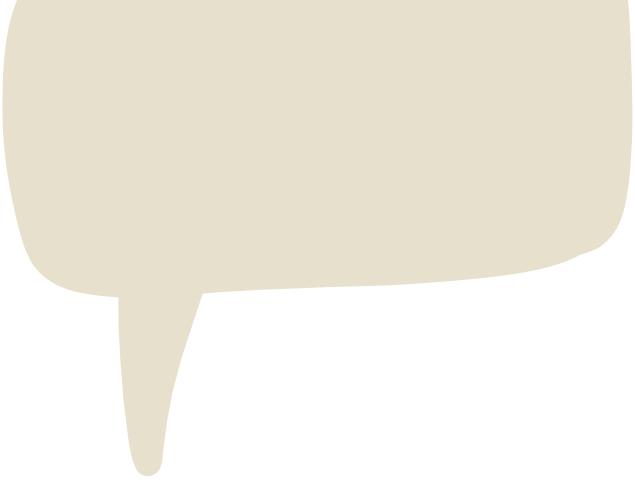


HITOS, MITOS Y RITOS DE LA MASCULINIDAD PREDOMINANTE

Síntesis de un estudio en siete
municipios de tres regiones de Bolivia







HITOS, MITOS Y RITOS DE LA MASCULINIDAD PREDOMINANTE

Síntesis de un estudio en siete municipios de
tres regiones de Bolivia



Esta publicación cuenta con el apoyo financiero del Gobierno de Canadá, a través de Asuntos Mundiales Canadá.

Documento basado en el Diagnóstico sobre Masculinidades en Agentes de Cambio, realizado por Augusto Yañez, en siete municipios, en el marco del proyecto “Mujeres de Bolivia, tus derechos en el presupuesto”, implementado por el Centro de Promoción de la Mujer “Gregoria Apaza”, Colectivo Rebeldía, Coordinadora de la Mujer, Instituto de Formación Femenina Integral IFFI y OXFAM en Bolivia.

Primera edición, La Paz: OXFAM Bolivia 2022

300 ejemplares

® OXFAM Bolivia

San Miguel, calle Gabriel René Moreno 1367, edificio Taipi, piso 4.

Tel: 591 - 2- 2113212

Redacción y gestión editorial: Fernando Molina, bajo la coordinación del equipo de OXFAM en Bolivia.

Diseño y diagramación: Maria Alejandra Cornejo.

Impresión: Conceptrazzos proyectos gráficos.

Presentación

¿Cuáles son las principales manifestaciones de masculinidad en nuestro país? ¿cómo es que estas manifestaciones se construyen en un contexto como el boliviano? ¿cuáles son las principales prácticas y creencias que fundamentan y, además, permiten la reproducción de éstas? ¿cuáles son algunas de las normas sociales que, finalmente, constituyen un entorno patriarcal como escenario para que los hombres construyan una masculinidad predominante en Bolivia? Estas son algunas de las preguntas a las que el contenido del presente documento intenta dar respuesta.

Hitos, mitos y ritos de la masculinidad predominante. Estudio en siete municipios de tres regiones de Bolivia es el resultado de una investigación que fue realizada en siete municipios (La Paz, El Alto, Viacha, Cercado, Colcapirhua, Santa Cruz y la Guardia) pertenecientes a tres regiones del eje troncal del país. Así, este estudio, de tipo cualitativo, contó con la evidencia recogida en catorce grupos focales compuestos por jóvenes entre 15 y 18 años y adultos entre 28 y 59 años que viven en los lugares estudiados y en seis entrevistas a especialistas en teoría de género y a directores de unidades educativas.

En términos institucionales, el presente documento forma parte del proyecto Mujeres de Bolivia – Tus derechos en el presupuesto impulsado desde el año 2019 de manera conjunta por la oficina de Oxfam en Bolivia junto a algunas de sus copartes y que cuenta con el apoyo del Gobierno de Canadá, a través de su repartición Global Affairs Canadá (GAC). En esencia, el proyecto busca contribuir al cumplimiento de los derechos de las mujeres, especialmente al derecho de vivir una vida libre de violencia. En ese sentido, en esta ocasión, el documento pone la lupa sobre quiénes rodean la vida de las mujeres y pueden constituirse idealmente en agentes de cambio en las violencias y desigualdades estructurales, con especial énfasis en los jóvenes.

El estudio que tenemos el gusto de presentar cuenta, en su primera parte, con un resumen ejecutivo analítico que permite entender ampliamente cómo los conocimientos, actitudes, creencias y prácticas sobre una masculinidad predominante se organizan y reproducen dentro de los municipios estudiados. Luego, presenta el informe de investigación que ahonda en los hallazgos en cada una de las dimensiones que guiaron la exploración, las mismas emergen del Índice compuesto de resistencia de los hombres frente al cumplimiento de los derechos de las mujeres, construido por Oxfam Quebec el año 2019.

Esperamos que este documento pueda constituirse en un aporte en la lenta y compleja deliberación pública en torno al tema de la masculinidad en Bolivia y su relación con la es-

tructura patriarcal y machista de nuestra sociedad. Esto, sobre todo, con el firme propósito de poder aportar en la construcción de nuevas masculinidades que acompañen de manera más activa y creativa el horizonte feminista igualitario por el que Oxfam en Bolivia apuesta.

Lourdes Montero
Responsable de País
Oxfam en Bolivia

La Paz, Estado *Plurinacional* de Bolivia, marzo de 2022

Hitos, mitos y ritos de la masculinidad predominante

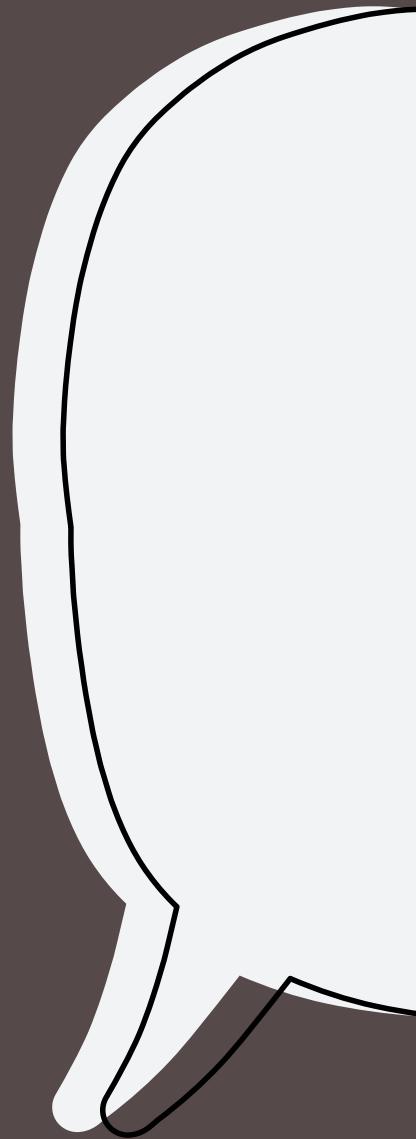
Síntesis de un estudio en siete municipios de tres regiones de Bolivia

Este documento presenta los elementos más importantes de un diagnóstico sobre masculinidades realizado dentro del proyecto “Mujeres de Bolivia, tus derechos en el presupuesto”, financiado por el Gobierno de Canadá y que muestra cómo se cumple el rol de hombre (o la masculinidad) entre los jóvenes de entre 15 y 18 años y de los adultos de entre 28 y 59 años, en siete municipios de tres regiones de Bolivia: La Paz, El Alto y Viacha, en La Paz; Colcapirhua y Cercado, en Cochabamba, y Pailón y Santa Cruz de la Sierra, en Santa Cruz. Esta población ha sido explorada por medio de 14 grupos focales, que se han preguntado sobre las formas de manifestación, construcción y reproducción de la masculinidad en estos municipios y en estas franjas de edad. La investigación también ha incluido entrevistas a especialistas en teoría de género y a directores de unidades educativas.

Presentaremos los hallazgos de esta investigación en una estructura que contempla: Los hitos de formación de la masculinidad dominante, de acuerdo a la experiencia de los participantes en los grupos focales (el proceso de socialización); los mitos fundacionales de esta concepción de lo masculino, que tienen origen tradicional y, en algunos casos, religioso, y los ritos o prácticas reiterativas de las creencias adquiridas.

Al final del texto se encontrarán los pocos elementos disonantes respecto a esta masculinidad dominante que se han encontrado, y que pueden ser indicios del nacimiento de masculinidades alternativas. Y, finalmente, las recomendaciones para la acción.

Características de los municipios investigados



La Paz

La sede de gobierno posee una complejidad mayor que otros municipios: las vivencias y contextos son disímiles; múltiples estratos sociales conviven en un mismo espacio. Por otra parte, la matriz económica, que es comercial y funcionaria, está muy vinculada a las relaciones de género.

El Alto

El Alto tiene una profunda relación con las provincias altiplánicas de La Paz. En este municipio, por tanto, puede percibirse una fuerte concurrencia entre el espacio rural y el urbano. La gente que habita la ciudad se encuentra bajo la influencia de la cultura, la lengua y la mentalidad política aymaras. Por esta razón, la construcción de la masculinidad dominante implica prácticas culturales y una cosmovisión distinta. Esto genera algunas peculiaridades en la problemática de género.

Viacha

Al ser Viacha una ciudad intermedia, la lógica de relacionamiento se da en familias ampliadas con participación de tías, tíos y, sobre todo, abuelos. Estos últimos son muy influyentes en la consolidación de la masculinidad de los nietos. Son modelos y agentes que determinan las formas de ser hombre.

Cochabamba

El municipio de Cochabamba tiene una composición compleja y una población diversa en sus características sociodemográficas o culturales. Se trata de un espacio predominantemente urbano, donde, además de las tradicionales influencias familiares, los medios de difusión inciden en la construcción de la masculinidad.

Colcapirhua

En este municipio también se intersectan el mundo rural y el mundo urbano, por lo que perduran tradiciones antiguas y nuevas en la formación y el funcionamiento de las familias.

Santa Cruz

El municipio de Santa Cruz de la Sierra se ha consolidado como el más atractivo para los inmigrantes provenientes de otros departamentos del país. En él se viene dando una explosión demográfica que genera surgentes fenómenos socioculturales e identitarios, lo cual incide en las formas en que se construyen y debaten el género y la masculinidad. De igual manera, es importante la influencia de los medios y los mensajes globales respecto de la estética corporal. Ellos definen los arquetipos que se plantean como “nuevos mandatos” de vida para las personas, que reconfiguran el imaginario de quienes son locales y de quienes vienen de otros lugares.

Pailón

Pailón es una ciudad pequeña ubicada en el Departamento de Santa Cruz. Su entorno es mayormente agrícola. Al tratarse de una comunidad no muy numerosa y relacionada con el mundo rural, en ella siguen vigentes las familias extendidas y sus figuras tutelares, los abuelos, los tíos, etc.

Hitos de la formación de la masculinidad dominante

El primer hito que reconocieron los participantes del diagnóstico, fue que aprendieron el rol que se esperaba de ellos en tanto varones, de sus abuelos, abuelas, padres y madres. En alguna ocasión a lo largo de sus vidas en que estaban actuando de forma contraria a la esperada, estas autoridades familiares los reprendieron y les mostraron lo que debían hacer. Sin embargo, su principal fuente de aprendizaje fue el ejemplo cotidiano que ellas les daban.

Si el abuelo es machista, le pasa al padre y al hijo y así, por generaciones (hombre adulto, Viacha).

Ellos notaron que, los varones (abuelos y padres) ocupaban un lugar especial en la familia. Esta posición prestigiosa se expresaba de distintos modos; por ejemplo, en una forma más reverente de trato o en el gozo de diversos privilegios, como el que no se pudiera comer mientras ellos no llegaran a casa o como que se considerara su palabra la final en cualquier discusión. Obviamente, en la familia no se pensaba estos hábitos como privilegios, sino como conductas naturales.

Por costumbre o experiencia, mientras no estaba el papá, el almuerzo o cena no se servía, había que esperarlo. (Hombre adulto, Colcapirhua).

La posición superior de los varones provenía de su condición de *proveedores*, es decir, de que fueran quienes traían el alimento y el dinero a casa. Por tanto, no había que importunarlos, había que dejarlos descansar, comprender su mal humor, tolerar que bebieran o tuvieran deslices con mujeres de fuera del hogar. Esta era la característica principal del rol que se esperaba que los niños aprendieran a representar; debían estudiar y trabajar para convertirse, ellos también, en proveedores.

[La masculinidad es] Llevar el pan a la mesa, que no le falte que comer a los hijos, tener un hogar, un techo para la familia, el estudio de los hijos. (Hombre adolescente, Santa Cruz).

La primacía de los varones depende, entonces, de una razón de tipo económico. Probablemente ésta fue determinante en el origen, pero con el tiempo, se solapó con una razón de otro tipo: un imperativo emocional y simbólico. Por eso, aunque los hombres ya no sean los proveedores o, más frecuentemente, aunque compartan las tareas económicas con sus parejas, siguen ocupando un lugar distinto al de ellas. Los hombres siguen siendo los “jefes del hogar” incluso cuando ya no pueden ocuparse solos de la manutención de la familia, e incluso cuando pertenecen a generaciones más jóvenes que las mujeres que sí lo hacen. En efecto, no es raro que, ante la ausencia del padre, sean los hijos varones los que asuman la jefatura familiar, aún si la madre no es vieja y aporta más dinero a la casa.

Sigue existiendo el peso del proveedor de la casa. Más allá de que trabaje mi esposa, está muy arraigada esa responsabilidad en el hombre y eso de dar la última palabra sobre las decisiones de la casa. (Sergio Valencia, La Paz).

Esto muestra que las formas culturales no reflejan directa o mecánicamente sus determinantes económicos. Lo que cuenta en última instancia es la socialización, es decir, lo que se aprendió en la niñez como comportamiento “correcto”. Esto explica también que las mujeres hayan interiorizado su subordinación a los hombres y la consideren no solo normal para ellas, sino deseable para sus descendientes. Por ejemplo, que pidan que sus hijas atiendan a sus hermanos, les pongan la mesa, cocinen, etc., y que, en retribución, estos las protejan.

¡Cómo se conciben los roles y cómo se los perpetúa! En mi casa, mi mamá y mi papá dicen que nosotros los varones debemos cuidar a mi hermana: “Ay de ustedes que le pase algo”, dicen. Me han dicho hay que cuidarla como si fuera cristal. Y a la hermana: “Tienes que atender a tus hermanos”. (Hombre adulto, Cochabamba).

Tal es un segundo aspecto del rol masculino tradicional: el imperativo de proteger física y moralmente al hogar. Como veremos, implica el mito de que los hombres son más fuertes, que corren menos riesgos en la calle y que tienen más experiencia en las relaciones con el mundo exterior, en tanto que las mujeres consagran todo su conocimiento y experiencia al mundo interior, de dentro del hogar.

Si el hombre se muestra débil, toda la familia es débil, si el hombre fracasa, toda la familia tiende a descender; es como cargarte todo el trabajo, solo por el hecho de ser hombre. (Hombre adulto, Viacha).

La actuación cotidiana que ofrece una posición privilegiada y de conducción a los hombres por el solo hecho de serlo es lo que llamamos machismo. El machismo es una inclinación tanto de hombres como de mujeres, y proviene directamente de la interiorización, en el periodo de la infancia, de los roles tradicionales: ellos como proveedores y protectores; ellas como reproductoras y cuidadoras.

La mamá cuida, el hombre corrige. (Estudiante de secundaria, Colcapirhua).

El hombre es la autoridad, la mano dura de la familia. (Hombre adolescente, La Paz).

La ideología de la mayoría de los hogares, entonces, es el machismo. Esta ideología regula la enseñanza del ser hombre o masculinidad. Los niños son advertidos de que si no siguen el ejemplo que aprendieron en casa “terminarán mal”. En algunos casos, esta advertencia se refiere a la necesidad de que sean laboriosos, ahorrativos, serios y bondadosos con sus familias; en otros, a que “no pierdan el control”, “se hagan respetar”, “se ocupen de sus parejas”, es decir, que reproduzcan la jerarquía que respetaban sus antecesores.

La ideología machista explica el fenómeno de la doble jornada de trabajo para las mujeres. La vida moderna hace cada vez mas necesario que estas trabajen fuera de casa para poder asegurar el sustento familiar; es decir, los antiguos proveedores ya no pueden cumplir solos su misión tradicional. Sin embargo, esto no ha implicado una redistribución global de las tareas. Las mujeres trabajadoras siguen estando encargadas del cuidado de los hijos y de la casa, por lo que deben laborar el doble que los varones, que continúan recibiendo un trato preferencial dentro del hogar, tanto si son como si no son los que lo mantienen económicamente. Aunque generalmente esto no se verbalice, y a veces incluso se critique, es obvio que la posibilidad de beneficiarse de estas ventajas inclina a los niños y jóvenes hacia una masculinidad tradicional.

En un almuerzo mencionan: “Agradezco a Dios que tenga hijos porque las mujeres sufren. Las mujeres durante nueve meses tienen que cargar a sus hijos. Después, llegando del trabajo, tienen que atender a sus hijos. Por eso es bueno no tener una mujercita”. (Hombre adulto, La Paz).

Un segundo hito en la socialización es la asistencia al colegio y la pertenencia a grupos de pares. Según el diagnóstico, lo que al parecer la sociedad boliviana espera de los niños y jóvenes es que entonces se muestren como buenos prospectos de “machos alfa”. Esta expresión hace referencia a los especímenes del reino animal que, por su fortaleza, habilidad física y temeridad, logran imponerse a los demás y dirigirlos, y repeler con eficacia a los adversarios de dentro o fuera de la manada. Machos que, por tanto, tienen garantizada la reproducción de sus genes con las hembras que deseen. En el campo social, los “machos alfa” son los varones que, por su extroversión, habilidad, resolución y atractivo, tienden a liderar los grupos de pares. Se espera, entonces, que los niños y jóvenes sean fuertes y resueltos, incluso hasta la agresividad. También que se ganen el respeto de los demás de una manera expedita: convenciéndolos, atemorizándolos, impidiendo que se opongan a sus deseos. Y se supone que esta performance más bien brutal en la vida les permitirá impresionar a niñas y muchachas, en la perspectiva de iniciar sus primeras relaciones de pareja, que, por supuesto, en tanto sigan este patrón, serán machistas.

De niños nos han inculcado que los hombres no lloran; si eres varón, no lloras; desde ahí comienzas a hacerte más fuerte; no nos tiene que lastimar nada, demostrar que somos el macho alfa. (Hombre adulto, El Alto).

Hacen más mención al miembro [sexual]; con eso piensan que se es más hombre. Lo otro es que cuanto más agresivos, o más fuerte hablan, con eso se sienten más hombres. (Hombre adulto, Colcapirhua).

Es el concepto del hombre que tenemos: el hombre es fuerte, tienen muchas chicas, juega fútbol. Ese es el concepto de la sociedad, como macho. Mayormente en el colegio los que mandan eran los más grandes, corpulentos, creían que tenían el control, se portaban mal y llamaban más la atención. (Hombre adolescente, La Paz).



Esto de la hombría empieza desde colegio. Si no existe respeto entre uno y otro, ahí es donde uno se cree superior y aparte introduce lo que es la violencia... También las mujeres ven ¿no?, “Este golpea, pega, con él estaré, me va a defender, las chicas van detrás de él por el hecho de que golpea a todo mundo”. (Hombre adulto, El Alto).

Los varones deben tener relaciones sexuales pronto y pueden hacerlo por fuera de las convenciones sociales. Este es uno de sus privilegios tradicionales. En la medida en que son varones, las trabas religiosas convencionales a la sexualidad no se aplican con rigor. Esta permisividad se deriva del mito, que veremos más adelante, de que los varones no pueden controlar sus impulsos sexuales, que es mejor que los desfoguen y no los repriman. Por naturaleza, se piensa, están llamados a “aparearse” con muchas mujeres. Puesto que vivimos en una sociedad regulada y esto es imposible en términos generales, se verifica en el tiempo mitificado de la “soltería”.

El paradigma del “macho alfa” también se manifiesta en la infidelidad sexual de los varones adultos. Esta es admitida por las mujeres e hijos debido a una combinación de causas: el machismo tradicional y el miedo a que, de otra manera, el hogar pierda a su proveedor.

En este contexto, no puede extrañarnos que esté permitido que los varones acudan a la pornografía y la prostitución. Si se tratara de mujeres, incluso si estas fueran solteras, lo mismo resultaría simplemente inconcebible. La investigación confirma la existencia de una costumbre por la que padres y tíos introducen a sus hijos y sobrinos en una vida sexual activa llevándolos a burdeles en la adolescencia (los hacen “debutar”).

En la mujer sería una aberración que se la llevara, dizque, a debutar. Antes era una tradición que el tío soltero lo lleve al sobrino a debutar. (Hombre adulto, Santa Cruz).

Esta asociación de la “buena masculinidad” con ciertos atributos físicos y “guerreros” y con una actitud seductora y depredadora respecto a las mujeres, pone en una situación complicada a los niños y jóvenes que, por razones naturales o culturales, carecen de los mismos. En la literatura hay infinidad de relatos de jóvenes que se quejan del daño psicológico que representó para ellos que sus padres o tíos los llevaran a visitar prostitutas. Por su incapacidad de adaptarse a la masculinidad dominante, estos jóvenes terminaron convirtiéndose en adultos disfuncionales.

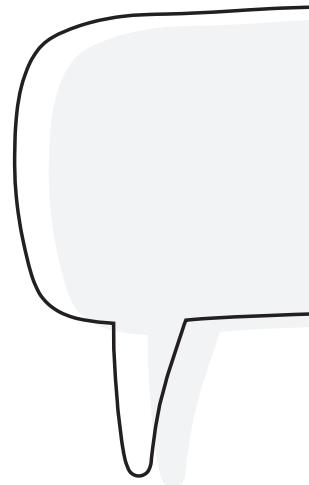
En general, los que no son buenos prospectos de “machos alfa” se hallan por lo menos en una posición incómoda. Por un lado, reciben la presión de sus padres, hermanos y amigos para parecerse más al modelo para acercar su masculinidad al tipo dominante. Por el otro, pueden sufrir el acoso de quienes, a su costa, quisieren proyectar su condición de verdaderos “machos alfa”. La sumatoria de estas fuerzas genera violencia: violencia entre hombres, sí, pero sobre todo violencia contra las mujeres, que son víctimas tanto de los excesos arrogantes, como de las inseguridades y las frustraciones de los hombres. Todos los varones que se alinean con la masculinidad dominante –ya sea porque esta les resulta asequible o porque la desean pero no la pueden concretar– corren el riesgo de volverse violentos. La lógica del machismo los predispone a ello.

Los entrevistados jóvenes de la investigación reconocen este riesgo cuando hablan de los celos, el control de los celulares y las vestimentas; al mismo tiempo, es probable que no hayan sido capaces de verbalizar otras conductas peores. Según una encuesta realizada por el INE en 2016, la mayoría de las mujeres que se hallan en una relación y una buena parte de las mujeres solteras sufren violencia –sea esta psicológica, física o sexual– por parte de sus parejas y de otros hombres. El país sufre un feminicidio cada tres días.

Se tomaba como rito de masculinidad el pegar a tu mujer. Llegabas borracho y la pegabas y decías: “Ah, yo soy más hombre que ustedes”, “A mí en mi casa me respetan”. Entonces, tomaban para agarrar más valor. Hasta ahora sigue eso de que vas borracho y le pegas a tu mujer y eres más hombre. Eso no se ha perdido. (Hombre adulto, El Alto).

Nosotros hemos conocido chicote, el palo, la regla, o sea que antes la educación era a golpes y guardamos en el subconsciente esa violencia porque como que somos dos en uno. Uno, somos los que aparentamos y dos, por dentro llevamos lo que muchos no hemos vencido y queremos castigar. (Hombre adulto, Colcapirhua).

Un tercer y muy importante hito, es el servicio militar. La mayoría de los jóvenes acuden al “cuartel” para “convertirse en hombres” y si no logran entrar en él pierden el respeto y el afecto de sus comunidades. Esto implica que, en la mentalidad popular, la masculinidad equivale a la fuerza viril, a la obediencia a una jerarquía masculina, a la belicosidad, a la autoidentificación de tipo militar. Hombre no es el que tiene la capacidad de desarrollar un proyecto vital,



con firmeza, independencia y perseverancia, asumiendo sus limitaciones, criticando sus propias pulsiones y traumas, poniendo el amor por los suyos por encima de la imagen vanidosa de sí mismo, etc.; hombre es el que sabe manejar armas de destrucción y pelear, el que no necesita de su familia, el que tiene fuerza física y capacidad de resistencia, el que aprende a reírse de la sensibilidad y la vulnerabilidad, en fin, el guerrero y el “macho”.

Este hito en la socialización de los jóvenes constituye uno de los mayores escollos para la transformación de la masculinidad dominante. El “cuartel” no solo reproduce esta masculinidad, sino que, en la medida en que exalta ciertos impulsos y combate otros, acentúa sus aspectos más peligrosos para el bienestar y la seguridad de las mujeres. No olvidemos que muchos hechos de violencia misógina, incluso algunos de los más horribles, han sido protagonizados por efectivos –activos o pasivos– de las fuerzas armadas y la policía. Si tomamos en cuenta que al mismo tiempo la mayoría de los hombres bolivianos han tenido en determinado momento de sus vidas el deseo de *ser como los militares o policías*, entonces podemos explicarnos porqué Bolivia es uno de los países con más delitos de violencia intrafamiliar del mundo.

Para enfrentar este desafío se requiere la desconstrucción del servicio militar y un cambio general de las expectativas sociales sobre cuál es el mecanismo deseable de “pasaje” entre la adolescencia y la adultez.

[En el cuartel] sales de las faldas de tu mamita, ahí no va a estar tu mamita para que te proteja; te da la experiencia para independizarte. (Hombre adolescente, Cochabamba).

A mí me ha dicho mi mamá que vaya. Es el deseo de tu mamá; tus papás quieren que vayas al cuartel. (Hombre adolescente, Cochabamba).

Mitos que fundan la masculinidad dominante

El diagnóstico ha confirmado que a los niños y jóvenes se les inculca un conjunto de mitos sobre la masculinidad. Estos mitos funcionan como paradigmas (modelos de referencia) para la práctica varonil cotidiana y para la transmisión del rol masculino a las nuevas generaciones. Por tanto, la deconstrucción de la masculinidad dominante requiere, en primer lugar, la superación de tales mitos.

Mito 1: La masculinidad dominante es la única natural

Según este mito, la masculinidad tiene un fondo natural que no puede ser alterado por la educación. Se nace hombre o mujer (no hay otras posibilidades) y esto es irreversible y absoluto. Los hombres no pueden tener ningún rasgo de las mujeres, ni sus gustos ni sus reacciones ni sus miedos (y viceversa: las mujeres no pueden tener ningún rasgo de los hombres). De lo contrario, no cumplen su verdadera naturaleza, son **anormales**.

Las ventajas de los hombres en sus relaciones con las mujeres no se deben a procesos históricos y sociales, sino a determinadas características naturales de este sexo, como la fortaleza física y una menor vulnerabilidad a los peligros, o la agresividad y la audacia, o menos emocionalidad y una mayor inteligencia abstracta, y otras virtudes que supuestamente serían propias de los varones.

¿Este es en verdad el dictado de la naturaleza y la normalidad? Aunque sin duda los sexos tienen atributos diferentes (los niños son más grandes, comen más, tienen unos músculos y un cerebro algo distintos que los de las mujeres), esta diferencia no determina los roles de género. En realidad, la socialización es un proceso muy precoz, comienza apenas el niño nace; desde muy temprano, este capta las expectativas que sus padres tienen respecto a él, las incorpora y actúa de acuerdo a ellas. Así se forma, en efecto, la normalidad, pero no es una normalidad natural, sino *social*, que podría ser completamente otra si la sociedad fuera diferente.

No le daría muñecas a mi hijo por la razón de que fui criado con que “eres hombre y vas a ser hombre; vos naciste hombre y no vas a jugar con muñecas”. (Hombre adulto, Pailón).

Si le das muñecas a un niño ya le estas dando una tendencia, porque supuestamente las mujeres son las que juegan con muñecas. Por eso yo no le daría de juguete una muñeca a mi hijo, porque desde ahí va a empezar con una tendencia de “mano suave”. Eso nace de la familia, de cómo crían a un hijo. Si le crían como mujer, así crece, y si le crían como hombre crece como hombre. (Hombre adulto, Pailón).

Mito 2. “Los hombres no lloran”

Un verdadero hombre, dice este mito, no puede sentir debilidad ni dudas. Para cumplir mejor su rol de proveedor y protector, de “macho alfa”, conviene que todo hombre sea asertivo, tranquilo, poco impresionable y moderadamente emotivo. Sobre todo, conviene que no se parezca en nada a una mujer.

Por lo menos este es el prototipo. Otra cosa es que un comportamiento así se observe completamente en la práctica.

En todo caso, la adquisición de una virilidad plena, indiscutible, constituye el fundamento de la masculinidad predominante; así que es el objetivo principal de cada hito del proceso de socialización.

En este esquema, la negación de la masculinidad dominante sería una masculinidad que incorporara en ella rasgos del rol femenino (los gustos, hábitos e inclinaciones que se considera propios de las mujeres). Siendo el más perturbador de ellos la inclinación sexual. Entonces, la antítesis de ese hombre viril que busca formar la ideología machista es el “afeminado” y, con mayor razón, el “maricón”. La homosexualidad constituye el desafío más radical a la masculinidad dominante. En la medida en que esta masculinidad reina, distintos grados de homofobia se manifestarán, como este diagnóstico ha confirmado. Como tiene un fundamento religioso, la homofobia está ampliamente extendida y resulta difícil de erradicar (véase el documento de OXFAM, *Los valores que guían a los jóvenes en sus relaciones de pareja y respecto a la violencia machista*, 2020).

Yo los respeto a esos señores [homosexuales], pero que no interfieran en mis relaciones. (Hombre adulto, La Paz).

A los cristianos no les gusta [la homosexualidad], dicen que Dios ha creado a la mujer y al hombre. [La homosexualidad] es una creación de los hombres. En esa parte sí apoyo a ellos, porque para algo hay una mujer. (Hombre adolescente, Viacha).

Ellos han roto una ley. Nuestra ley de vida. Un pastor decía: “Lo que ha creado Dios es bueno, porque un hombre y una mujer se reproducen, mientras un hombre con un hombre es algo feo. (Hombre adolescente, Viacha).

Para afirmar la masculinidad respecto a su posible negación, el hombre se ve presionado a expresarse en los términos de esta dualidad falsa: así que, entre otras cosas, evita las expresiones de afecto o admiración no intelectual hacia otros hombres y procura labrarse una imagen de “duro”.

Un hombre nunca debe llorar, machito, machito no llores te dicen. También la opresión que tienen los hombres es culpa del machismo. El supuesto instinto que tenemos. Que no podemos expresar nuestros sentimientos. Cuándo han escuchado a papás o amigos decir: “te quiero”. Para un hombre decir eso es para pensar que es homosexual. (Hombre adolescente, Santa Cruz).

Mito 3: Los hombres se mueven mejor en el mundo exterior

Según este mito, los hombres están hechos para el mundo exterior y las mujeres para el mundo interior, o de dentro de casa. Esto supuestamente se debe a la mayor fortaleza física de los primeros, y a la “imposibilidad” de que sean molestados sexualmente. También se supone que poseen más habilidades innatas para el trato social, los negocios, la confrontación.

En realidad, el mito está asociado a la tradicional división sexual del trabajo: en tanto proveedor y protector, el hombre tiene que actuar en el exterior y debe vérselas con los riesgos que provienen de fuera; en cambio, la mujer se reserva para enfrentar los riesgos internos, los problemas emocionales de la familia.

Esta división del trabajo concede muchos privilegios a los hombres: mejores ingresos, más autonomía, más libertad sexual, el derecho a vigilar y regular las actividades públicas de las

mujeres. Al mismo tiempo, los libera de muchas responsabilidades dentro del hogar (lidiar con las minucias del crecimiento de los niños; alimentar y cuidar a los más débiles, como niños y ancianos; ocuparse de gestionar la emocionalidad de la familia). Por tanto, este mito, como otros, es funcional a los privilegios masculinos.

La mujer siempre va a ser la cajera, ve por dónde falta; uno como hombre es gastalón. La mujer es más dura para gastar, el hombre gasta nomás. (Hombre adulto, Pailón).

El hombre te bota el dinero cuando le pides. (Hombre adolescente, Cochabamba).

Mito 4: Los hombres se mueven peor en el mundo interior

Este mito es la contracara del anterior. Naturaliza la inhabilidad y el descuido de los hombres en las tareas del hogar y en las cuestiones emocionales, que supone consustanciales al sexo femenino. Los hombres “no saben cocinar”, “limpian en mil horas cualquier cosa”, son distraídos y pueden cometer errores graves con los niños, “mejor que no ayuden, porque perjudican”, etc. Además, suelen intervenir en las crisis emotivas o llenar las necesidades afectivas con torpeza y aumentando el conflicto.

En realidad, como hemos dicho, la inhabilidad, distracción y descuido solo son resultado de la división del trabajo tradicional. Allí donde esta no se respeta (y la modernidad hace cada vez más difícil que se aplique plenamente), el mito cae fácilmente.

Pero incluso en las familias en las que ya no hay una lealtad clara hacia la división tradicional del trabajo, por lo menos en lo que respecta a las tareas de cuidado, el riesgo de parecer afeminado u homosexual lleva a los hombres a reprimir su emocionalidad y, algo que es muy grave, a reprimir la emocionalidad de otros hombres, como hijos y hermanos. Se prefiere que todos los varones del hogar se muestren contenidos dentro del hogar y, en cambio, se vuelquen hacia fuera.

Este mito alimenta dos actitudes aparentemente contradictorias detectadas por el diagnóstico. Por un lado, el desprecio por el trabajo del cuidado, en especial si lo cumplen los hombres. Se supone que es un trabajo de menor importancia porque demanda menos conocimientos del mundo exterior, porque es una actividad tradicional y repetitiva, etc.; no se considera un

trabajo “real”. Al mismo tiempo, se considera que las mujeres que “pueden” consagrarse a este trabajo son “privilegiadas”, ya que pueden estar en relación íntima con sus padres antes de que mueran, o con sus hijos antes de que crezcan y se dispersen. Se supone que las mujeres, como seres orientados hacia dentro del hogar, solamente buscan recompensas emocionales a sus esfuerzos. En cambio los hombres, como proveedores que son, deben obtener recompensas materiales que son fundamentales para la sobrevivencia de la familia. Como estas recompensas se encuentran fuera de casa, entonces el trabajo externo es más prestigioso y valioso que el interno. La suposición de que las mujeres son “felices” dejando de lado sus ambiciones personales refuerza los privilegios masculinos derivados de los roles tradicionales.

El hombre puede hacerse bolas cuando va al mercado, se ha visto en la pandemia que iba con su papelito. (Hombre adolescente, Cochabamba).

Cuando estábamos sirviendo la comida mi tío me dice vos deberías nacer mujer porque ese es trabajo de mujer; mis primos también se han burlado de mí: “no eres un hombre”, me dicen. (Hombre adolescente, Viacha).

Muchas veces dicen que es un privilegio de la mujer sobre el hombre que los ve crecer a los hijos. (Hombre adulto, Pailón).

Mito 5. La relación de los hombres con el sexo es completamente diferente que la de las mujeres

Este mito, fuertemente interiorizado por las mujeres, sostiene una gran cantidad de privilegios masculinos. Se basa en la creencia de que los hombres no pueden contener su deseo sexual y al mismo tiempo de que las mujeres carecen de tal deseo. Por tanto, un mismo comportamiento que sería “perdonable” en los hombres, como la infidelidad, en cambio resulta imperdonable en las mujeres. La investigación muestra que, pese a que la vida moderna socava las bases de este mito, hasta hoy el hombre seductor es un sujeto digno de admiración, en tanto que la mujer que busca y exhibe libertad sexual es una “puta”.

Menos hombre sería no desear del sexo opuesto; sería menos hombre. Entre los amigos es el más cholero, el que tiene más mujeres, el que de alguna manera es líder. (Hombre adulto, Colcapirhua).

Ritos de la masculinidad en Bolivia

Veamos ahora algunas prácticas cotidianas que inculcan y refuerzan la masculinidad dominante.

Fiestas e industrias culturales

Los participantes en los grupos focales identificaron a las fiestas de niños y adolescentes como mecanismos de reproducción de los roles tradicionales de género. Por ejemplo, se hace un tipo de fiestas infantiles para los niños y otro tipo para las niñas. Se asocia a los niños con superhéroes y figuras de acción, y a las segundas con “princesas”. En las fiestas de niños se organiza juegos físicos y deportes; en las de niñas, imitaciones de las tareas que cumplen las mujeres en el hogar (juegos de té o con muñecas, labores manuales). Esta organización de las actividades está directamente alineada con el contenido que producen las industrias culturales internacionales y que es consumido en nuestro país, el que también replica los roles mencionados. Aunque en el último tiempo este contenido haya variado algo por la presión de la crítica feminista a la masculinidad tradicional, los estereotipos más profundos se mantienen. Por ejemplo, a veces la protagonista de una historia es una chica independiente, resuelta, valerosa, hábil físicamente, etc., pero sus madres y/o abuelas, sus amigas, etc. conservan las características tradicionales asignadas a las mujeres.

Los entrevistados más jóvenes llamaron la atención en el diagnóstico sobre la orientación de los productos industriales culturales para su generación: la sexualización y cosificación del cuerpo de las mujeres en las series, películas y cómics, y, en particular, el predominio del reguetón dentro de los gustos musicales de ahora, ya que este género frecuentemente se refiere a las mujeres como un simple medio de satisfacción de los deseos sexuales de los varones, los cuales, a la vez, son proyectados casi siempre como “machos alfa”.

Las películas de superhéroes o los actores refuerzan [la masculinidad dominante]; la música, las películas, parece que no hubieran avanzado en este sentido, porque siguen reforzando la idea del hombre fuerte, del superhéroe. (Hombre adulto, Cochabamba).

También los medios de comunicación, los reguetones, las cumbias que aún se escuchan en fiestas de niños refuerzan una actitud de violencia hacia las mujeres, machista en el hombre. Escuchar nomás a Bad Bunny te sirve para darte cuenta. (Hombre adulto, Cochabamba).

Relaciones de pareja

Las relaciones de pareja que se dan en torno al mito del amor romántico replican y a la vez nutren la masculinidad patriarcal. Nos referimos a la difundida concepción del amor como un rapto amoroso tan vertiginoso que tiende a eliminar la independencia de las personas y a convertir a un enamorado en propiedad personal del otro. Este falso ideal del amor justifica la violencia dentro de las parejas y por eso consolida los privilegios machistas. Si el amor debe implicar consagración total al otro, entonces las peleas son inevitables, parte del funcionamiento normal de una pareja. Y si el amor es “para siempre”, cada miembro de la pareja –y en particular los hombres, que están tradicionalmente encargados de la protección– deben supervisar la seriedad con la que el otro miembro se toma este compromiso. Esto da lugar a celos, espionaje, disputas y discusiones.

La violencia es un terreno en el que, por razones obvias, los hombres –y más los “machos”– llevan las de ganar. Al final, siempre pueden recurrir a la fuerza física y predominar sobre las mujeres, a un costo altísimo para las familias, los hijos y la sociedad. Por eso, aunque el mito del amor romántico sea defendido por hombres (sobre todo jóvenes) y mujeres, favorece especialmente a los primeros.

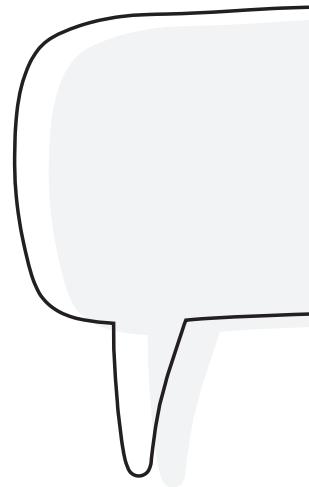
El “viernes de soltero”

Esta costumbre “libera” a los hombres de las responsabilidades familiares durante una noche a la semana. Retorna entonces, el varón, a la “edad dorada” de la soltería, bebe, se desinhibe, deja el ahorro y otras prácticas “impuestas” por su mujer, y en muchos casos retoma a su papel de seductor y depredador sexual. El “viernes de soltero” es una exhibición de los privilegios masculinos y una renovación de la masculinidad tradicional.

Es una costumbre, de que el viernes pertenece al varón y se trata de que el viernes es para compartir entre varones... es un rito para sentirse bien, para sentirse más hombre tal vez... se tiene la conquista, estar alcoholizado promueve al hombre sentirse más bello, más entrador y va a la conquista de la mujer... (Hombre adulto, Cochabamba).

Costumbres ancestrales. La irpaqa

Aunque el diagnóstico no tuvo un alcance propiamente rural, alcanzó a determinar que en ciertos sectores populares de la población, especialmente los recién inmigrados del campo,



se mantiene la costumbre de la “irpaqa”, que es una forma aymara de inicio del matrimonio. Esta costumbre ancestral refuerza la masculinidad machista dominante.

La “irpaqa” es una ceremonia de petición de la mano de la novia por parte del novio, en la que se representa una figura de obtención del consentimiento que se remonta a la noche de los tiempos de la “compra” de la joven a sus padres por medio de dinero y alcohol. Las implicaciones de esta pretensión, aunque en parte sea actuada, son, como resulta lógico, ampliamente negativas. Ponen a las mujeres en la condición de “cosas” poseídas por los hombres; por tanto, estos pueden disponer de ellas a voluntad.

Vas con tu familia y, por ejemplo, entregas cervezas; dices “estoy comprado a mi mujer con cerveza, vacas, ovejas”. Actualmente en la ciudad es lo mismo, pero esta vez todo con cervezas: “cuarenta cajas por tu hija”. Así más o menos es la irpaqa, es como si estuvieras comprando, como si estarías diciendo “ahora tu hija ya es de mi propiedad”. (Hombre adulto, El Alto).

Costumbres ancestrales. El “cuartel”

La imbricación cultural entre formas culturales ancestrales y otras tradicionales pero más recientes se encuentra también en la percepción que la investigación detectó sobre el “cuartel” como mecanismo de pasaje de la adolescencia a la adultez y como requisito previo para contraer matrimonio y ser parte eficiente de la colectividad. Habría que hacer un estudio antropológico específico, pero es obvio que en esta percepción hay un eco de viejísimas concepciones del hombre cazador y guerrero, al que solo se le permite procrear cuando ha cumplido con su deber de arriesgar su vida por la comunidad. Figuras de pasaje como esta existen en todas las culturas antiguas.

No ir al cuartel es una vergüenza; “no sabes nada”, “no eres hombre”; te marginan. El cuartel es como una segunda familia. (Hombre adulto, Vía-cha).

En el caso mío, un tío no fue al cuartel, dejó de lado eso y se fue a estudiar y solo por el hecho de no ir al cuartel lo han excluido, incluso si es el mejor periodista de La Paz. (Hombre adolescente, El Alto).

Las relaciones de poder en la familia

La masculinidad dominante en Bolivia –que no necesariamente es la mayoritaria, pero sí la paradigmática o normativa– consiste en una visión del “deber ser hombre” modelada por la ideología machista. A la vez, la ideología machista es una ideología de poder. Asocia a la mujer a la esfera del cuidado de la familia (trabajos hogareños, maternidad, atención a los viejos y enfermos), mientras que asocia al hombre a la esfera de la seguridad de la familia (protección y provisión de recursos). Además, considera que cuando una mujer o un hombre no cumplen el papel que se espera de ella o de él en estas esferas, provocan el resquebrajamiento del orden familiar. Por estar a cargo del cuidado, las mujeres deben **controlar** a los hombres para que “no se excedan”, es decir, guarden fidelidad, traigan dinero a casa, no despilfarran, no beban demasiado, se ocupen de los niños. En otras palabras: para poder cuidar bien a los niños tienen que cuidar a sus maridos y convivientes también. Por estar a cargo de la protección, los hombres deben establecer límites al comportamiento de la familia y de cada uno de sus miembros, y deben controlar que no se rompa el orden familiar. Por esto se hallan autorizados a investigar qué hacen los demás (por lo que pueden tener acceso a la correspondencia, las contraseñas para usar celulares y redes sociales, los lugares en que la mujer y los hijos y también, en muchos casos, las hermanas, guardan sus pertenencias). También pueden y deben intervenir contra “amenazas” a la seguridad familiar, como enamorados de las hermanas que consideren inconvenientes, o amigas de la mujer que consideren “mala influencia” u ocupaciones que puedan apartar a las mujeres de la esfera del cuidado (de modo que si bien éstas pueden trabajar, no pueden **tener una carrera**, es decir, darle a su trabajo el mismo nivel de prioridad que los hombres al suyo). Como resultado de esta distribución de roles, se tiende a desconfiar de lo que las mujeres pueden hacer en la esfera de la seguridad, ya que sería necesario “decirles qué hacer” en este campo. Por ejemplo, decirles a qué hora retornar a casa, qué amistades tener y cuáles eludir, cómo vestirse para no provocar a los agresores sexuales, etc. Al mismo tiempo, se tiende a desconfiar de lo que los hombres pueden hacer en la esfera del cuidado. En esta área también habría que “decirles qué hacer” a éstos: cómo atender a los chicos, cómo cocinar o limpiar la casa, y también con qué amigas mujeres deben romper para que no haya riesgos de que se produzca infidelidad, abandono y, por tanto, en última instancia, desprotección de la familia.

Dicho de otra manera, la división tradicional de roles equivale a una división del poder entre hombres y mujeres, por la cual los primeros tienen más poder en, por llamarla así, la “política familiar” (gobierno familiar o administración de la libertad, relaciones con el exterior, represión, conquista de recursos), mientras que las segundas tienen más poder en la “economía familiar” (administración de los recursos, organización, relaciones internas, persuasión).

Indicios de la aparición de masculinidades alternativas

El diagnóstico ha detectado, sobre todo entre los entrevistados jóvenes, que los cambios económicos y sociales propios de la modernización del país tienen sin duda efectos sobre la correlación de poder en el seno de las familias.

La posibilidad (y necesidad) de que las mujeres generen su propio sustento y el de la familia, sumada a los avances feministas en la defensa de los derechos de las mujeres a vivir con autonomía y capacidad de expresión, han debilitado y desestructurado el poder del hombre, aunque no lo hayan suprimido. Más mujeres trabajando y en el papel de proveedoras, significa más hombres que tienen que dedicarse, así sea parcialmente, a las tareas del cuidado.

No solo se trata de un fenómeno económico, sino también cultural. La participación de las mujeres en el mundo del trabajo y el conocimiento, y la de los varones en las actividades hogareñas y en una paternidad activa y responsable se está convirtiendo en un modelo cada vez más atractivo para las nuevas generaciones.

En este contexto, el gran problema es la doble jornada de trabajo para la mujer, pero la misma está generando reacciones de protesta y corrección dentro de muchas familias.

Los varones que no se ven a sí mismos como “machos” son más numerosos ahora que antes. Eso se debe en parte a la influencia de las industrias culturales, que así como perpetúan los roles tradicionales, también pueden, ocasionalmente, ayudar a subvertirlos. El hombre golpeador y peleador se observa de forma más crítica, en particular en los sectores más educados de la sociedad (OXFAM, 2020).

Existe una mayor comprensión de que el camino de los padres y abuelos, aunque todavía se romantiza como “sano” y “capaz de conservar el orden”, no siempre conduce a la felicidad y que deben hacerse ajustes. Por ejemplo, muchos padres no quieren que sus hijas se priven de estudiar y de tener sus propias actividades económicas y sociales.

Gracias a las acciones de concienciación realizadas por organizaciones y/o colectivos como la campaña Actúa, el rechazo de los jóvenes a la violencia explícita contra las mujeres (golpes, violaciones, etc.) es mayor que antes, aunque este sector siga admitiendo el amor romántico como ideal de las relaciones de pareja y defienda mayoritariamente otros valores conservadores, como la homofobia (OXFAM, 2020).

Estos cambios permiten hablar que la masculinidad está atravesando un periodo de transición, en el que se irán construyendo pensamientos y conductas más progresistas, en el comportamiento tradicional. Este proceso, por supuesto, debe ser impulsado continuamente.

Desgraciadamente, este proceso no se está desarrollando de forma inocua y pacífica. Al contrario, está generando una reacción agresiva de ciertos sectores sociales y religiosos, así como presiones políticas en contra de los derechos de las mujeres, ataques a las masculinidades alternativas que a menudo incurren en homofobia y, finalmente, violencia cotidiana, que se expresa en el incremento de los asaltos sexuales, las golpizas y los asesinatos de mujeres por razones de poder (feminicidios). Pese a ello, o por eso mismo, la masculinidad tradicional machista tiene sus días contados; necesariamente irá retrocediendo frente a otras masculinidades que permitan que los hombres convivan mejor con las mujeres que se van emancipando y que les permitan vivir más plenamente su paternidad, sus relaciones y su condición masculina, dentro de una sociedad y un mundo más igualitarios.

El trabajo doméstico es parte de la responsabilidad de cada uno. Por historia sabemos que estas tareas las hacen las mujeres, pero si hay oportunidad de ayudar también tengo que hacerlo, porque no solo es responsabilidad de la señora. (Hombre adulto, Colcapirhua).

Mis padres trabajan y cocinan. Yo igual, cuando mi hermana sale, de igual a igual. Siempre todo por igual, se comparte. (Hombre adolescente, Santa Cruz).

Mi padre y mi madre trabajaban, gracias a eso salimos adelante. Si hay un trabajo conjunto es una maravilla. (Hombre adulto, Pailón).

Recomendaciones

Del diagnóstico realizado se desprenden las siguientes líneas de trabajo para una masculinidad menos machista y en contra de la violencia hacia las mujeres:

- El grupo poblacional prioritario debe ser el de adolescentes y jóvenes, a fin de aprovechar las condiciones favorables que implica el recambio generacional.

-
- Se debe realizar estudios sobre temáticas más específicas, como paternidades, cuidado y corresponsabilidad, diversidades sexuales y de género.

-
- Es importante recabar información empírica sobre las formas en que se construye la masculinidad en los entornos rurales, los cuales tienen características particulares, reticentes a una mirada externa y occidental. Se necesitará, entonces, echar mano de otros enfoques metodológicos.

-
- Se debe generar material de apoyo (videos, cartillas) para la realización de talleres de sensibilización sobre masculinidades, con la finalidad de considerar en él las diversas realidades urbano, rurales e intergeneracionales del país.

-
- Se recomienda que los talleres de sensibilización y otros procesos participativos se realicen con grupos compuestos solamente por hombres, ya que esto les permitirá trabajar a partir del autocuestionamiento y con intercambio de criterios entre pares.

-
- Se debe dar sostenibilidad y hacer un seguimiento de los procesos de deconstrucción de la masculinidad tradicional. Para ello se necesitará la aplicación de herramientas orientadas a medir los cambios cualitativos que se produzcan en las prácticas y las opiniones de los distintos grupos participantes.

- De manera complementaria, es importante desarrollar campañas comunicacionales que permitan visibilizar la violencia contra las mujeres, sus consecuencias sociales y familiares, y su origen en la masculinidad tradicional. Se sugiere usar las redes sociales en el trabajo de sensibilización y prevención, con mensajes desarrollados de manera didáctica y dirigidos a la población infantil, adolescente y joven, principalmente.
-

- Se deben establecer canales de coordinación y alianzas entre instituciones que trabajan en temas de género y masculinidades, a fin de sumar fuerzas y evitar que las acciones de los diferentes proyectos se disuelvan o dupliquen.
-

- Promover políticas públicas, municipales, departamentales y nacionales, sobre relaciones de género equitativas e igualitarias para prevenir la violencia hacia las mujeres y promover políticas de cuidado, tomando en cuenta diferencias territoriales y de edad.



MUJERES
TUS **DERECHOS** EN
EL **PRESUPUESTO**

 **Colectivo** Rebeldía

 **gregoria**
apáza


IFFI
Instituto de Formación
Femenina Integral


coordinadora
de la
mujer


OXFAM

 En partenariat avec
Canada